
Fábula de la otra palomera

17/03/2018



Como le estaba debiendo estas líneas desde hace más de 30 años, cada vez que veía una paloma, me parecía que era un mensaje de reproche que ella me enviaba.

Desde la primera tarde que bajé la escalinata universitaria estrenándome como estudiante de Periodismo —cursaba clases en el edificio Dihigo, de la Facultad de Filología— la vi. Estaba dándole de comer a las palomas.

Pequeña y encorvada, con el pelo blanco y suelto, descalza, les echaba miguitas de pan a las palomas que, por cientos, tachonaban la emblemática escalera. Tenía muchos años, lo anunciaba su cabello encanecido, mientras la fortaleza de aquellas piernas cortas, de las manos diminutas y fuertes, hablaba de una mujer que no había crecido entre tules.

Se me antojaba una especie de duende, figura escapada de algún dibujo de Fabelo, un poema por escribir... Fiel a la consigna como el farolero del Pequeño Príncipe, siempre estaba allí, concentrada y a la hora justa, poniendo el alma en alimentar a las palomas de la escalinata.

Desde que la vi por primera vez, me prometí hacerle una entrevista, averiguar quién era aquel misterioso personaje habanero. Pero de tan habitual, fue fundiéndoseme con el paisaje cotidiano y pasó a ser un asunto pendiente más, un «para después» que creía yo estaría siempre esperando por mí junto a sus palomas.

Sin embargo, un día dejó de estar. No sé exactamente cuándo, ni cómo. Su figura de cuentos simplemente se borró del paisaje con escalinata. Junto con ella, poco a poco, también fueron desapareciendo las palomas.

Ahora, acaba de cruzar una frente a mi ventana. Esta vez no trajo solo la evocación; desvió por un segundo la cabeza hacia mí, y eran los ojos de aquella mujer mirándome desde el vuelo.

Mas no había reproche en sus pupilas. Como parece que finalmente estoy aprendiendo a priorizar lo realmente importante, a no dejar escapar más palomeras, Ella me ha perdonado.
